

### XXIII.

#### LAS DOS RIVALES.

Hacia las cuatro de la tarde Parisis y la señora de Entraygues tomaron por casualidad el té juntos en casa de una señora habanera que vivía en los Campos-Eliseos.

Había mucha gente. Algunos rostros severos obligaban á observar la etiqueta. Se hablaba en voz alta.

—No os gusta el té? preguntó Octavio á la condesa, pasándole una taza.

—Por la mañana, dijo ella.

Y rehusó, lanzando una desdeñosa mirada, la taza de porcelana inglesa que le había acercado el mancebo.

Se hablaba ya en París de una muchacha que se había hecho saltar el cerebro el día antes en la avenida de la Reina Hortensia.

—No sabéis el lance? preguntó una señora á Octavio con la mejor intención del mundo.

—Cómo! ya lo creo! No conozco á la muchacha, dijo Octavio, pero yo fui quien la encontró «bañada en su sangre» según diría la *Gaceta de los Tribunales*.

—Parece que esto ocurrió en la avenida de la Reina-Hortensia.

—No lo recuerdo bien, dijo Octavio; quizá ocurrió en la avenida de Jena.

—Se dice que fué un arrebato de celos.

—Si la señora de Entraygues no estuviese allí, replicó el joven con audacia, diría que la muchacha pronunció el nombre de pila de su esposo. Verdad es que hay tantos Fernandos!

—Creo, dijo la señora de la casa, creo que se contarán tantas historias sobre este pistoletazo que no se sabrá jamás la verdad.

—Teneis razon, señora, replicó Octavio; la historia solo se ha inventado para ocultar lo que realmente ha sucedido.

É hizo una cita latina que le conquistó las simpatías de aquellas hermosas damas que gritaron á coro:

—Es sorprendente! Todo lo vé, todo lo sabe, y en todas partes se encuentra!

Octavio al irse procuró encontrarse con la señora de Entraygues en la escalera.

—Señor de Parisis, le dijo ella, lo sé todo; esta noche á las once, al volver de casa mi abuela, iré á tomar el té á vuestra casa.

—Por que puerta entrareis?

—Por la principal, por la misma de Violeta. Yo tambien, por desgracia, tengo derecho á entrar por la puerta principal.

—Ya sabéis que encontrareis á Violeta?

—Por ella quiero ir á vuestra casa.

—Para hacerla saltar el cerebro?

—Sí, mi esposo me ha dado el revolver.

El filósofo, ó, mejor dicho, el moralista, pues media todo un abismo entre el filósofo y el moralista, hubiera estudiado con viva curiosidad las rápidas metamorfosis que se apoderaron de la condesa de Entraygues y de aquella muchacha á quien Parisis habia bautizado con el nombre de Violeta. Los hombres políticos mas entregados á su fortuna no hacen tan repentinas evoluciones hasta en las épocas revolucionarias. En lugar de salvarse una á otra, concluyeron por perderse al encontrarse.

Segun habia prometido, la señora de Entraygues fué por la noche á casa de Octavio. Este la aguardaba en un saloncito con un periódico en la mano.

—Este diario contará sin duda la historia de ayer, dijo la condesa sentándose al lado del jóven, mientras él la besaba en la frente.

—Sí, escuchad: «Ayer, á las doce de la noche, en la avenida de Wagram, una jóven recibió seis puñaladas en el pecho. Se supone que fué víctima de un arrebato de celos; ha sobrevivido á este acto de barbarie y ha sido conducida al hospital Beaujou. Se cree conocer el nombre del Otelo y se instruye el correspondiente sumario.»

—Hé aquí un periódico bien informado.

—Cómo! dudais de lo que dice? Pero si esto es la ley y los profetas!

—Ya sabeis que quiero ver á esa muchacha.

—Imaginais que está aqui? Pues está en su casa.

—Entonces no estoy mejor informada que este periódico.

—Por qué deseais verla?

—Porque la pasion que llega á tal extremo, es una virtud. Además de esto, no sé por qué yo amo á esa jóven.

La condesa miró con dulzura á Octavio y añadió:

—Quizá es porque vos la amais, Pero ya que no está aquí, me marchó.

—Cuán estraña sois!

—Es posible. Pero se me figura que esa muchacha entra para algo en mi destino. Como sigue?

—Mal; pero irá bien. La bala se ha paseado en su seno sin entrar mucho. Está con una calentura muy fuerte. He tenido miedo hasta medio dia porque no habia vuelto en sí; pero Ricord me garantiza su vida.

—Llevadme á su casa.

—No cometeré tal locura. Es necesario que las mujeres del gran mundo permanezcan en el gran mundo.

—Es la historia del Paraiso; vos me abristeis la puerta para que saliese y yo no la he de cerrar.

La señora de Entraygues lanzó un suspiro.

—Todo ha concluido! Yo no me divertiré ya en casa, á menos que convirtais mi esposo en un hombre simpático. Así, pues, si no quereis acompañarme á casa de Violeta, cuyo nombre conozco, irá sola.

—No cometeremos ni vos ni yo tal tontería.

La señora de Entraygues se levantó.

—Don Juan, dijo á Octavio, enseñadme vuestro palacio. Me hallo deslumbrada aquí por mas que esté acostumbrada á habitar mi choza.

La jóven anduvo con rapidez, seguida de Octavio, hablando de todo como una mujer que sabe algo de todo.

—Me quereis decir Aliza el nombre de la dama de Palos? preguntó Octavio.

—Sí, y de la dama de Oros y de la dama de Copas. Estoy demasiado celosa para decíroslo. A mas de esto he jurado por vuestra cabeza que no revelaria el secreto.

—Os daré mi cabeza.

—No la quiero.

En vano insistió Parisis. Besó á Aliza.

—Ya lo veis, dijo, os pongo en el tormento.

—Estaria en él todo un siglo, dijo la señora de Entraygues.

Y desprendiéndose de los brazos de Octavio.

—Adios, exclamó de pronto: volveré.

Octavio que habia prometido á Violeta que iria á verla á media noche, no retuvo por fuerza á la condesa.

—Mañana, dijo ella, nos veremos en los Italianos.

Salió, Octavio la acompañó hasta el coche.

—Adios: os amo; pero no ireis á ver á la pobre muchacha? preguntó el jóven.

—No, puesto que no la quereis.

Pero la señora de Entraygues se dirigió en derecha á la habitación de Violeta.

Ya se sabe que esta vivia en las buhardillas de una casita de la avenida de Eylan, perdida entre uno de estos antiguos jardines de Paris que desaparecen todos los dias bajo pirámides de piedra.

La condesa habia sido muy bien informada, pues ella cruzó el jardin sin ni siquiera decir su nombre al portero: subió los tres pisos y llamó: un enfermero salió á abrir y la condujo cerca el lecho de Violeta.

—Soy una amiga desconocida, la dijo la condesa; lo sé todo y he querido veros y estrechar vuestra mano.

—No os comprendo, replicó la jóven tratando de incorporarse en su lecho.

—No os movais: imaginaos que soy una hermana de caridad; si la muger que os cuida quiere descansar, mañana yo vendré á velaros.

—Aun os comprendo menos, dijo Violeta: como sabeis quien yo soy y donde vivo, yo que no conozco á nadie?

Violeta contemplaba á la señora de Entraygues, como si quisiera penetrar hasta el fondo de su alma.

Luego exclamó dejando caer su cabeza.

—Ah! sois vos!

Habia comprendido que era su rival.

Se sintió peor; mas tuvo batante aliento para sostener la lucha.

—Oh! señora! murmuró con una voz apagada; venís aquí para burlaros? Y luego añadió sonriendo:

—Una muger que quiere morir y no muere es ridícula; pero yo me lisongo de que Dios me dispensará la gracia de no dejarme vivir.

—Señorita: he venido aquí por un sentimiento de admiración y de simpatía. No veais una rival en mí sino una amiga.

—Después de todo, señora, dijo Violeta, la amistad es tan rara que es necesario siempre decirle: «Sed bienvenida.» Creo formalmente que voy á morir y yo os perdono mi muerte. No es una bala lo que me mata sino una traición.

—Pobre niña! Vos sois cual yo: no pertenecéis al siglo. Una traición de Octavio de Paris! Acaso no sabéis que al día siguiente ha hecho traición á la que ha adorado el día antes? Se saca algun partido de los hombres no pegándose un pistoletazo sino burlándose de ellos.

—Pero y si se les ama? dijo Violeta con sencillez y no temiendo abrir su corazón; si se les ama, por ventura no se burla una de sí misma?

—Teneis un corazón de oro; pero ya se volverá de bronce. Adios: estoy contenta de haberos visto: volveré mañana.

—Si, volved, dijo Violeta que empezaba á ser curiosa.

La señora de Entraygues estrechó su mano y partió dirigiéndole la mas hermosa sonrisa.

La belleza ejerce un despotismo que sojuzga á todo el mundo. Si Violeta hubiese visto acercarse á ella una figura cualquiera—*effigies sine anima*—una de esas figuras que no hablan al corazón, quizá su alma se hubiera sublevado; pero la jóven aceptó con no se que especie de invencible dulzura los encantos de la condesa y tuvo conciencia de que no iba allí para engañarla. Los corazones se ven. Violeta que jamás habia encontrado una amiga, se enamoró de aquella amistad inesperada. Se imaginó desde luego que la señora de Entraygues no le robaria á Octavio, bien como si el pistoletazo que se habia dado fuese como un título sagrado.

Octavio entró en las habitaciones de Violeta, cinco minutos después de haber salido la señora de Entraygues.

—Como estás? le preguntó.

—Bien, si tu me amas.

Octavio besó á Violeta en la frente.

—No es cierto, prosiguió ella que me amarás siempre?

Octavio no pudo menos que sonreír.

—Leo tu pensamiento dijo la jóven: tu me has amado, pero ya no me amas.

—Si no te amara me encontraria aquí?

—No: no es el amor lo que aquí te trae, sino la piedad. Me vengaré.

—Y harás bien, dijo Octavio que queria darle la sed de vivir.

—No has encontrado á tu hermosa querida?

—Ha venido? Lo dudaba: entonces su carruage era el que corria en la avenida del Arco del Triunfo. Es tan loca cual tú. Puesto que tu morada se convierte en una casa de locos no volveré mas á ella.

—Me quieres matar, Octavio?

—No; te amo y quiero que vivas: si esto te complace volveré con ella.

Al siguiente dia la señora de Entraygues fué á casa de Violeta: se encontraron con el Sr. de Parisis: al otro dia volvió tambien; pero en ella no encontró á Octavio el cual no quiso volver.

El jóven mandó á la niña el siguiente billete:

«Mi querida Violeta:

»Creo que nada tenemos que decirnos; no os ma-  
teis por los hombres: volved á ser hermosa. Tomad  
una tienda de florista y vendedlo todo menos violetas.  
No os relacioneis con mugeres del gran mundo por-  
que os perderian. Adios: parto para Lóndres y os  
abrazo. Volved la hoja.»

No habia firma. Octavio no firmaba casi nunca.

Violeta volvió la hoja llorando. La jóven se indignó al encontrar un bono de diez mil francos contra Rothschild. Lo echó al fuego.

Al ver como ardia pensó que estaba quemando diez mil francos.

—Y soy tan bestia! dijo secando sus lágrimas.

Llegó la señora de Entraygues y se lo contó todo.

—Buena la hicisteis dijo. Escribiré á Octavio y os mandará veinte mil francos.

Violeta se puso mas mala que antes. Se hubiese muerto de dolor si la condesa no hubiese ido á consolarla.

La señora de Entraygues se consolaba á sí propia consolando á la jóven. No habia visto la profundidad de su caida.

Aunque su marido se hiciese de dia en dia mas indigno de ella, reconocia que ella era aun mas indigna que él. Es á la muger mas bien que al hombre, á quien Dios ha confiado el honor de la casa. Un enamorado habia franqueado el diintel de la suya: al verlo á cruzar, era ya su amante.

Ella no comprendia este deslumbramiento, este vértigo, este abismo. Se armaba con todas sus virtudes para remontar la corriente, para subir á esa cumbre donde no se goza la curiosidad de las tempestades, pero donde se respira el aire puro.

Estaba ya hecho! Pronto se debia confesar que una muger no se arrepiente de un amor sino entre-  
gándose á otro amor.

Es la ley fatal: la virtud no se reconquista: el Rubicon es muy fácil de franquear, pero si se vuelve á la otra orilla, el vado se hace imposible.